

Puntos de vista

Heraldo de Aragón Domingo 8 de noviembre 2020

VACUNA PARA EL VIRUS NUCLEAR

JESÚS MARÍA ALEMANY

El mes de noviembre recordamos a los difuntos. La mayoría son esos santos que no necesitan altar porque en nuestra convivencia han derrochado amor y cuidado a nuestro alrededor. Cuando ahora tenemos que despedir a un ser querido impotentes en la calamitosa COVID-19 suelo pensar en quienes son arrebatados a sus familias intencionadamente por intereses estratégicos, económicos, identitarios. Es hipócrita lamentarnos de que no conocemos al virus suficientemente como para eliminar su letalidad, mientras con gran desparpajo preparamos instrumentos masivos de muerte obra de nuestras manos al servicio de intereses varios. “Toda guerra deja al mundo peor que lo había encontrado. La guerra es un fracaso de la política y de la humanidad, una claudicación vergonzosa, una derrota frente a las fuerzas del mal” (Francisco, FT 261).

Ha sido inevitable en un noviembre ante los santos de la puerta de al lado, los que mueren en las guerras y violencia, pensar la relación entre el virus covid-19 y el virus de las armas. Ha sido a causa de una buena noticia. Honduras es el 50º Estado en ratificar el Tratado para la Prohibición de Armas Nucleares permitiendo su entrada en vigor el 22 de enero 2021 como ley internacional vinculante. Sucede 75 años después de que Estados Unidos arrasara Hiroshima y Nagasaki. El acuerdo había sido aprobado por 122 naciones de la Asamblea General en 2017. La Campaña Internacional para la Abolición de las Armas Nucleares (ICAN) recibió el Premio Nobel de la Paz en 2017. El Secretario General António Guterres exclamó: “Décadas de activismo han logrado lo que muchos creían imposible: las armas nucleares están prohibidas”. Aunque algunos Estados consideran la posesión de armas nucleares irrenunciable para la seguridad nacional, su eliminación es decisiva para la supervivencia de la vida en el planeta. Las víctimas ayudan para “reconocer el abismo del mal en el corazón de la guerra y no nos perturbará que nos llamen ingenuos por elegir la paz” (FT 261). El final de la era Trump puede ayudar.

España sigue sin firmar este Tratado para la Prohibición de Armas Nucleares. Sin embargo la eliminación de las armas nucleares no constituye sólo un desafío sino un imperativo moral y ético al que responder. Es verdad que han aparecido nuevas armas sofisticadas muy lucrativas para el enorme negocio de las industria armamentística. Pero la calamidad de la pandemia nos pone ante el espejo de la incoherencia. La muerte misterio y la muerte negocio. Sólo en armas convencionales el coste del programa del blindado Leopard equivale a 100.982 respiradores; el de la fragata F110 cubriría el sueldo medio de 15.094 médicos.